

obra de una *société de gens des lettres* “fue decisiva en la transformación general de la sociedad occidental moderna”.

Fernando Bahr  
*Universidad Nacional del Litoral*  
*Consejo Nacional de Investigaciones*  
*Científicas y Técnicas*

Mario A. Presas. *Del Ser a la Palabra, ensayos sobre estética, fenomenología y hermenéutica*, Editorial Biblos, CABA, 2009, pp. 175.

El libro está dividido en tres partes. Una *introducción*, en la que se establecen los lineamientos teóricos de la fenomenología hermenéutica; una *primera parte* en la que se desbrozan las reflexiones estéticas; y una *segunda parte* en la que todo lo dicho se aplica al problema de la identidad personal y su inasible temporalidad.

Presas realiza una exposición bifronte de la fenomenología. Por un lado se despliega su conceptualización nuclear, y por otro lado se relatan los avatares que han llevado a esta línea de pensamiento a auto-suprimirse, o al menos a superarse en la hermenéutica. “Es posible (dice el autor) que el pensamiento de Husserl dé la impresión de anularse dialécticamente a sí mismo” (33). Las complejas relaciones entre la filosofía de Husserl y la de Heidegger han dado lugar a innumerables estudios. Algunos abogan la tesis separatista, otros intentan mostrar una tesis continuista que corre para ambos lados: el desarrollo de la fenomenología se ve “estimulado” por la hermenéutica de Heidegger; por otro lado hay quienes afirman (por

ejemplo Merleau-Ponty) que toda la estructura de *Ser y Tiempo* no es sino el despliegue conceptual de la idea tardo-husserliana de *Lebenswelt*.

Presas establece una doble filiación entre la fenomenología y la hermenéutica. Toda fenomenología conlleva en sí la *posibilidad* de la hermenéutica al tiempo que toda hermenéutica deja entrever su *génesis* fenomenológica. Se enmarca así en la línea continuista, no sin subrayar importantes matices. Sin embargo, el autor no duda en catalogar a Heidegger como un “díscolo discípulo de Husserl”.

Precisamente Presas advierte en el concepto de *mundo-de-la-vida* el puente que puede unir la fenomenología con la hermenéutica. Luego de una reconstrucción genética del concepto en la obra de Husserl, menciona la posibilidad que dicho concepto abre en el seno del movimiento fenomenológico. Una vez descubierto el estrato anterior a toda tematización reflexiva, una vez establecido el fondo a partir del cual se genera toda relación de la conciencia con el mundo; una vez que la reflexión trascendental des-

cubre que está circunvalada por la facticidad, lo que queda es tratar de “acceder a un nuevo modo de pensar” que desoculte la esencial inscripción del ser del hombre en el ser *simpliciter*.

Heidegger se erige en el representante más destacado de este nuevo modo de pensar. En el marco del pensamiento heideggeriano Presas se coloca después de la *Kehre* y adelanta, desde aquí, la tesis central de la Primera Parte. La necesidad de un nuevo modo de pensar, que abra el claro en que el ser de desoculta, pone a la filosofía en los lindes de la poesía (y en general del arte). La unión está dada por el papel que ambos asignan al lenguaje. Heidegger se esfuerza por devolver al habla toda su riqueza, riqueza que se ha visto seriamente jaqueada por los análisis formales y estructurales del lenguaje. En este línea, Presas denuncia la pauperización de la palabra no sólo en el habla corriente, sino en el intento de matematización del saber, en la administración y promoción de diferentes “tecnologías” del decir. En este sentido, se sirve de los análisis de Heidegger sobre la poesía para liberar la palabra, para remitirla al decir originario. En el corazón de esta reflexión aparece la mutua implicancia entre el ser del hombre (*Dasein* en la terminología del primer Heidegger) y el ser del mundo: “tenemos una doble relación: por una parte para nosotros las cosas solo llegan a ser y son en la palabra, en el lenguaje (...) Por otra parte la palabra mis-

ma sólo es posible porque brota de una previa comprensión del ser” (52). La filosofía debe velar por mantener el límite entre lo que se puede demostrar y lo que sólo se deja mostrar. A propósito del lugar que juega la filosofía en los márgenes de la poesía, Presas desarrolla un ejercicio muy nutritivo de hermenéutica sobre el final del capítulo dedicado a la interpretación heideggeriana de la poesía. Allí se pone a prueba toda la grilla teórica desarrollada hasta aquí tomando como modelo una poesía de Hölderlin.

Se vislumbra, de esta manera, el eje temático de este sector de libro: el arte no es simple divertimento, no es objeto de distracción y evasión; sino por el contrario, representa una de las formas más elevadas y efectivas de liberación, de sub-versión. Hay en el arte una resonancia de la reducción fenomenológica por cuanto en ambos se apela a una suspensión del vivir cotidiano, a un “des-vivir”. El arte se presenta como una dialéctica entre experiencia de “éxtasis” (separación de la cotidaneidad) y “envío” (retorno al mundo). La experiencia estética es tomada en toda su dimensión y reconducida a su lugar natal. Hay un “saber” que no es objeto de ninguna metodología, que no puede ser subsumido bajo reglas repetibles y que, por lo tanto, no puede ser dominado por el sujeto epistémico. Este saber es el que expresa la obra de arte y que vehiculiza en general la experiencia estética. En este tramo, Presas reco-

ge toda la discusión que atraviesa el siglo XX en torno al lenguaje y al arte. Con la capacidad de síntesis que atesoran quienes no sólo manejan la discusión, sino que también pueden remitirse a lo “vivido”, el autor exhibe los puntos más importantes de la estética de la recepción, del estructuralismo, y destaca la capacidad desocultadora (re-descriptiva) de la metáfora y la narración.

La segunda y última parte está enteramente dedicada a la cuestión de la identidad personal en relación con la temporalidad. La narratividad se presenta como la salida *poética* a la aporética de la relación cambio-permanencia en que se resuelve el problema de la identidad. Retomando el concepto de *identidad narrativa* no sólo de Ricoeur, sino también de MacIntyre y, más atrás, de Ortega y Gasset y de Gabriel Marcel, Presas despliega la interdependencia que media entre la memoria (que constituye nuestra identidad histórica), la promesa (cifra de la identidad mantenida, solicitada, adherida al *ipse* más que al *idem*), y la intriga como modo de hacer inteligible lo disperso, lo múltiple en que consiste la vida. Nuevamente aparece la tesis central: el poder único que tiene la narración de iluminar la existencia. La narratividad (la construcción de una trama) es “el juego del lenguaje” en que se expresa la *historicidad*. La persona se coloca en el *inter esse* entre el pasado que hay que recolectar y el futuro que hay que pro-

yectar. Presas retoma las reflexiones de Semprún en torno a la difícil relación que media entre la escritura y la vida. Una vez atravesada la experiencia del campo de concentración, el autor español comienza una “denodada lucha entre la vida que quiere dar cuenta, darse cuenta de sí misma, y la memoria que se niega, por la vida misma a repetir la muerte” (159). Al lograr reponer la muerte pasada en el porvenir, el escritor experimenta algo liberador, o mejor, logra expresar su experiencia en principio indecible. Pero Presas también alude a otros destinos en el interior de la misma experiencia. Nuevamente el poeta, en este caso Celan, es tomado como guía. El trágico encuentro entre el poeta y el filósofo (Heidegger) exhibe la necesidad de la palabra silenciada. El abandono a las sendas olvidadas del Ser (*Holzwege*) choca con el encuentro de los “senderos estaqueados” (*Knüppelpfade*) “que jalonan el tortuoso camino de los seres humanos a través de la historia”.

El libro se cierra con una reflexión sobre la persona y la palabra. El epígrafe de este último capítulo condensa lo esencial de la relación que media entre el existir que somos y la palabra que damos: “Se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje, para que muestre lo que él es” (Friederich Hölderlin).

Juan Blanco

Universidad Nacional de La Plata

María González Navarro. *Interpretar y argumentar. La hermenéutica gadameriana a la luz de las teorías de la argumentación*, Madrid-México D.F., Plaza y Valdés Editores, 2009, pp. 446.

Este libro de María González Navarro es el resultado de una tesis doctoral. En el mismo se analizan los desarrollos de la hermenéutica filosófica y de la teoría de la argumentación. El objetivo es sacar a la luz el “diálogo subyacente” que, según la autora, existe entre las dos corrientes. En un plano más general Navarro pretende mostrar el nexo estructural que existe entre el proceso argumentativo y el interpretativo. El problema de la racionalidad humana, sostiene, “resulta de todo punto inabordable si no se analiza la conexión entre los procesos interpretativos y los argumentativos. (...) interpretar sin argumentar es vacío, pero argumentar sin dar lugar a una interpretación posterior es algo vacío y carente de sentido” (pp. 23, 24).

El libro, estructurado según la tradición retórica renacentista, consta de cinco partes: *introductio, prae-paratio, contentio, propositio* y *resolutio*. La sección central es la tercera, donde se demuestra la hipótesis principal del trabajo, a saber, que existe una estrecha relación entre la hermenéutica gadameriana y las teorías de la argumentación. Las dos secciones que la preceden son introductorias. En éstas se presentan las tesis y los objetivos del trabajo, y se prepara el terreno para los desarrollos de la *contentio*, demostrando que la hermenéutica ga-

dameriana hunde sus raíces en cinco principios: a) principio de la historicidad de la comprensión, b) principio de la preestructura de la comprensión, c) principio de la estructura especulativa del lenguaje, d) principio de la productividad histórica, e) principio de la historia efectual. Estos principios constituyen una “ontología lingüística” y son, según la autora, “los principios que rigen en el pensar” (p. 50). En estas secciones se analizan además otros temas, como el problema de la tesis consensual de la verdad o el de la relación entre la tópica, la retórica, la dialéctica y la dimensión interpretativa de la racionalidad, los cuales van desdibujando la barrera que separa la hermenéutica de las teorías de la argumentación.

La tercera sección es la más importante del libro. Allí se demuestra que la hermenéutica gadameriana y la teoría de la argumentación no son campos separados. Para demostrar la tesis la autora prueba que “existe una profunda conexión entre la ontología lingüística y los presupuestos filosóficos presentes en los desarrollos de la argumentación” (p. 242). La hermenéutica filosófica, sostiene, “proporciona el modelo de una ontología lingüística que da basamento especulativo a las teorías de la argumentación” (p. 272). En los dos primeros capítulos de la sección